



2º Premio del IX Certamen
de literatura “Miguel Artigas”

Enrique Urquiza López

Es muy habitual en esta serie de literatura poder leer algún relato de Enrique Urquiza, escritor natural de Villar del Salz, afincado en Valencia desde su infancia. Ha conseguido dos premios en el Certamen de Literatura “Miguel Artigas”, pero ha sido muchas más veces seleccionado y sus relatos publicados. A lo largo de estos años hemos podido comprobar su madurez como escritor y su facilidad para plasmar en sus obras el gran conocimiento y aprecio que tiene por el mundo rural.



Carreteros

Enrique Urquiza López

A mi tío Saturnino.
Nadie amó carros y machos más que él
y nadie disfrutó de su condición de
carretero como él.

Afuera olía a estepas, a pan cocido y a campo arrastrado; adentro, a tamo, a gamones oreados y a sacos de arpillera.

Afuera la noche era menos noche por culpa de la luna creciente y las estrellas; adentro, los jergones de paja se empapaban de cansancio filtrando a contra-reloj el agotamiento de aquellos cuerpos exhaustos, casi derrotados, acogidos, como cada noche, al límite de sus fuerzas.

Juan Domingo dormía profundamente cuando su particular gallo mecánico le vino a anunciar que sus horas de sueño habían terminado por aquella noche. A tientas, dio un manotazo a aquel artefacto que bailaba su odioso claqué matutino sobre el irregular suelo de la habitación. Ya no lo dejaba encima del escañeto de tres patas que, habilitado como mesita, tenía al lado de la cama. Desde que se le cayera al suelo dos veces en pocos días –en la última se le astilló el cristal de la esfera– decidió que era más práctico dejarlo directamente en el piso.

Encendió la luz accionando el interruptor que caía colgando de un cordón retorcido por delante del cabecero de la cama. Como tantas madrugadas, se sintió estafado por el tiempo. ¿Cómo era posible que hubieran pasado ya seis horas desde que se acostara? Mientras se vestía, Juana, ahogando un bostezo, le preguntó lo mismo que todos los días al levantarse.

—¿Adónde vas hoy?

—A la Vaguada del Gamonal, ya te lo dije anoche.

—Ya sé que me lo dijiste anoche, ni que fuera tonta.

Juana, la barbilla pegada al pecho, mordiendo un par de agujas del pelo, mientras con ambas manos se recogía las greñas en un improvisado moño, añadió entre dientes.

—¿Para todo el día?

Y como no le contestara.

—Digo que si para todo el día, que pareces sordo.

—Ya te he oído, mujer. Peleona te has levantado esta mañana.

Juan Domingo, mientras se lavaba la cara en una palangana de porcelana encajada en un trípode de madera arrinconado en una esquina de la habitación, le explicaba.

—Hoy vamos lejos, a ver si el muchacho descansa un poco, que estos últimos días ha terminado hecho trizas. Él no dice nada, pero yo lo noto. Sus brazos no tienen el vigor de los primeros días.

Y yo también voy tocado del ala, no te creas, que como hemos acarreado todo lo de cerca, cada vez cuesta más recuperarse. Y si yo acabo rendido... figúrate él, porque, por muchos veintidós años que se tengan, no es lo mismo estar arriba del carro, o de la hacina, colocando y apilando, que tirar de horquilla todo el día. El mismo haz que por la mañana te pesa ocho kilos, por la tarde te pesa doce.

Y Juana a lo suyo.

—¿Entonces vendréis, o no, a comer a casa?

Los rizos de la toalla se le enganchaban en la tupida barba de cuatro días.

—Mi intención es dejar hoy la pieza limpia. Si veo que en dos viajes la aviamos, igual sí, pero si hemos de hacer un tercero, nos tocará comer en el campo, así que, por si acaso, nos echas merienda para todo el día.

—Pues por eso te lo preguntaba.

Juana, echándose una toquilla sobre los hombros para atemperar el frescor de la mañana, bajó a la cocina a preparar las alforjas. Nada de complicaciones. En un voleo atiborró la fiambarrera de tajadas de la conserva, echando mano de las tinajas que tenía reservadas en la despensa para esta época del año. Sacó una hogaza de la artesa, llenó la bota de vino y todo a las alforjas. Entre tanto, Juan Domingo se fue al corral a enganchar el carro. Los aparejos pendían de una rústica percha formada por un palo de carrasca incrustado en un agujero de la pared de la cochera. A veces, al descolgarlos, le daba la sensación de que aún estaban calientes.

Esperó a que todo estuviera dispuesto para despertar al muchacho. Éste no tardó más de dos minutos en estar dando cuenta del tazón de café con leche y rebanadas de pan con miel que la madre, como cada mañana, le había dejado en la mesa de la cocina.

Tenía un pacto con el padre: todos los días le dejaría dormir hasta el último momento, siempre y cuando se levantara de un brinco en cuanto le llamara.

Mientras se ponía la chaqueta con una sola mano, haciendo equilibrios, sujetando con la otra la última rebanada de pan, le dio una voz al padre que ya le aguardaba en la calle.

—¿Padre, ha cogido el farol del carro? Acuérdense que ayer los Civiles denunciaron a Florencio el Gato en el alto del Humedal por no llevarlo.

—¡A mí se me va a olvidar! Ya está colocado y encendido —le contestó.

El carro estaba dispuesto. Cerraron las portaladas de la cochera, ataron a la zaga el macho de tiro y partieron.

Las llantas metálicas cantaban monótonamente al contacto con la gravilla blanca de la carretera. El barrilete del agua, de madera, suspendido en el aire por dos cadenillas en la parte trasera del

bastidor, se balanceaba al compás del traqueteo. Sentado a posadillas en la vara izquierda, con el antebrazo derecho apoyado en el anca del macho y la mano asida a una correa de la retranca, Juan Domingo tenía que hacer un gran esfuerzo para mantener los ojos abiertos. Seis horas de sueño podía considerarse para él descanso suficiente si no fuera porque eran ya demasiados los días que todas las noches cogía el jergón reventado de cansancio. Intentando dormir un poco más, acurrucado en las bolsas, tapado con la manta y utilizando como almohada una soga acarreadera enrollada, iba su hijo Rafael. Suerte había tenido que le habían dado permiso en el cuartel para echar una mano en la cosecha.

Allá por el mes de mayo, el muchacho les había escrito desde Sabiñánigo diciéndoles que, por lo que oía comentar, era costumbre en el cuartel dar un mes de permiso a los hijos de los labradores para la cosecha.

Juan Domingo no las tenía todas consigo. Cualquiera se fiaba. Como si no supiéramos todos lo que pasa en la mili, donde en cada cuartel hay una emisora de “radio macuto”. Por fortuna las fuentes de estos comentarios resultaron ser fiables y el muchacho llegó justo cuando más se le necesitaba. Hoy iba a ser un día más descansado que los anteriores por lo lejos que estaba la Vaguada del Gamonal. Durante el viaje se descansaba. La pieza, de centeno, tenía dos tresnales y necesitarían un par de viajes, o tres, para subirlos. Si se decidía a hacer el acarreo en dos, tendría que cargar un par de buenas carretadas. Eso no le preocupaba. El camino era bueno y los machos, aunque castigados, eran animales de garantía.

Estaba decidido. Si podía, lo haría en dos viajes.

Ya llevaban casi un cuarto de hora de camino. Juan Domingo iba medio adormiscado, pero no tanto como para no percatarse de que las llantas del carro y los cascos de los machos hacían más

ruido del que acostumbraban. Saltó al suelo desde la vara y comprobó que había más cascos y más llantas.

Detrás de él, a un tiro de piedra, venía otro carro. Enseguida supo quien era: Raimundo el Topo. Nada advirtió cuando salió del pueblo, ningún ruido de carro, o de portalada que no fuera el suyo, y eso que Raimundo tenía la cochera en su misma calle, así que, para darle alcance en tan poco trecho, tenía que haber venido casi corriendo.

Chasqueó la lengua un par de veces, dio una palmada en las ancas del macho y aceleraron el paso. Ya se sabe que si te dejas alcanzar tienes que dejarte adelantar y Raimundo el Topo, que siempre alardeaba de hacer las cosas mejor y más rápido que nadie, no se limitaría a pasar y en paz. Le tiraría la puya de siempre. “¿No ves *el intermitente*?”, seguro que le diría.

Pues hoy no iba a ser así. Hoy lo iba a mantener a raya.

La distancia se fue manteniendo durante un rato, hasta que se percató de que, tras un corto acelerón, Raimundo el Topo y su carro estaba pisándole los talones.

¿Qué pretendía aquel imbécil? Él iba a buen paso, más del que acostumbraba y, por supuesto, más del que podría considerarse como normal. A nadie le gusta que le achuchen.

Raimundo le gritó con destemplanza lo que se esperaba.

—¿Juan Domingo, qué no ves el intermitente?

Éste le contestó con aspereza.

—¡Ya estamos con el intermitente de los cojones! Espera y no tengas tanta prisa, que voy a la Vaguada del Gamonal y me voy a meter por el atajo.

Pensó que, si quería quitarse compañía tan desagradable, lo mejor era tomar un camino diferente. El atajo estaba a menos de cien metros. Con lo que no contaba era con la respuesta de Raimundo.

—Pues ya somos dos. A la Vaguada voy yo también y el atajo voy a coger —respondió galleando.

—Pues nada, juntos haremos el camino.

Asunto zanjado. Ya no volvieron a dirigirse la palabra, pero malas vibraciones fluían entre los dos carros. A Juan Domingo se le estomagaba la prepotencia de Raimundo.

A la Vaguada del Gamonal se accedía por dos caminos, uno que llevaba a la parte baja del paraje, más tendido y en impecable estado, y otro empinado, con abundantes regatas, lleno de raíces de carrasca y guijarros, que atajaba desde la carretera y que bajaba directamente a la cabecera de la Vaguada. Por el atajo se adelantaba casi una hora, pero había que ser un competente carretero y llevar muy buenos animales para aventurarse por aquel camino tan quebrado y empinado.

Los carreteros del pueblo, hasta los más avezados, mal conocían el camino, pues prácticamente nadie bajaba por él; si acaso cuando iban a labrar sólo con los machos y el aladro, siempre sin carro.

Todos sabían de la existencia de una enorme raíz de carrasca frente a la Chaparrada del Cura que sobresalía del firme casi dos palmos, como un muro, y que llegaba hasta la mitad del camino.

Éste, de dos metros escasos de anchura, se había ido erosionando con el paso de los años. Las torrenteras se habían llevado la tierra dejando un suelo rocoso y agrietado.

Cuando llegaron al atajo, primero Juan Domingo y después Raimundo, ayudado por su hijo Anacleto, lo cogieron sin excesivas precauciones, pues los primeros metros eran llanos y sin obstáculo alguno. Juan Domingo había hecho salir de las bolsas a Rafael diciéndole que se encargara de la máquina.

Éste se puso a ello de mala gana y despotricando.

De haber ido solos, a ninguno de los dos se les habría ocurrido coger este camino.

Pasados los primeros cincuenta metros comenzó la pendiente por sorpresa, como en una montaña

rusa. Los carros se retorcían sobre sus ruedas dando tales bandazos que los tapiales abanicaban el camino y los machos, resbalando a veces sobre sus patas traseras, tenían que ir frenándolos por la pendiente. Los carreteros aguantaban del ramal al macho de varas mientras los hijos accionaban la galga echando o soltando freno.

¿Quién se había picado primero? Respuesta sencilla: éste que aquél y aquél que éste. Tampoco es que este hecho tuviera nada de extraordinario, pues estos piques entre carreteros se daban con frecuencia. Era como un aliciente que alteraba la monotonía del trabajo. Luego se contaban las batallas en la taberna. Miguel Panqueque narraría cómo cuando él bajaba a acarrear a la Semilla había visto a Felipe el Rabo haciendo lo propio en las Marañas y que, a pesar de estar casi un kilómetro más lejos, aún había llegado a la era antes que él, a lo que éste respondería que no se las diera, que si le había ganado era porque él había parado a almorzar en la misma pieza.

Al llegar a la raíz de la Chaparrada del Cura los carros se detuvieron. Juan Domingo y Rafael se colgaron de los estacones de la parte del carro que tenía que pasar por encima de la raíz, contrape-sando, para compensar la diferencia de nivel.

Raimundo y su muchacho calcularon la maniobra.

Ambos sabían que aquello no se acababa en la vaguada, sino que habría competición en cargar, en atar y en volver a la carretera. Una vez en ella cada uno guardaría su posición, pues era imposible, dada su estrechez y el volumen de la carga, que un carro pudiera adelantar a otro.

La claridad era casi total cuando llegaron a la cabecera de la vaguada.

Cada uno se dirigió a su pieza. Arrimaron los carros a los tresnales e inmediatamente comenzó la batalla. Los haces bailaban en las puntas de las horquillas de acero y salían disparados hacia encima de los carros donde Raimundo y Juan Domingo los disponían adecuadamente con celeridad.

Los hijos enrunaban a los padres echando y echando haces, tanto que apenas si les daba tiempo a apilarlos. La carga se iba levantando, los haces embrochetaban con violencia los puntiagudos estacones y en un visto y no visto en el carro de Juan Domingo las sogas acarreaderas de cáñamo hacían viajes de ida y vuelta por encima de la carga.

—¡Padre, padre, que ya han empezado a atar! —dijo Anacleto.

Raimundo el Topo levantó la vista y soltó un juramento mientras intentaba adivinar cuánto habían cargado los otros.

—¿Cuántas filas llevan?

—¡Hasta los estacones y dos filas, padre, igual que vamos nosotros!

—¡Pues vengan esas sogas, rápido!

Raimundo el Topo, a pesar de haber llegado a la pieza ligeramente después que Juan Domingo, estaba atando prácticamente al mismo tiempo, pero mucho más cerca del camino, de manera que, aunque moviera el carro cargado un poco después, saldría antes a él.

Juan Domingo se percató de ello y maldijo entre dientes. Él no había empezado la competición. Había sido provocado, había aceptado el reto e iba a ser derrotado.

No habían parado ni a beber agua. Tenía hinchadas las venas de las sienes y la mirada encendida. Soltó un zurriagazo al macho de tiro y emprendió la marcha por medio del rastrojo.

Apenas unos segundos más tarde Raimundo, con la soga aún en la mano, acabando de atar sobre la marcha, movió su carro. Cuando Juan Domingo llegó a la linde de la pieza, les separaban una cincuenta metros. Allí estaba el camino. Raimundo fue el primero en cogerlo. Se volvió hacia Juan Domingo, descolgó de su cuello la tralla y la alzó como muestra de victoria. La hizo restallar en el aire y le gritó con chulería.

—¡Has perdido, Juan Domingo! ¡Sígueme! ¡Hoy te vas a aprender de memoria la trasera de mi carro! Éste, tras una ligera vacilación, orientó el carro hacia el atajo. Se volvió hacia Raimundo y le contestó.

—¡Soy yo quien va primero! ¡Sígueme tú si tienes agallas!

Raimundo no se ofendió.

—¿Seguirte... a dónde? Para hacer el ridículo no necesitas mi compañía. Te bastas tú solo.

Le dio la espalda despectivamente y, sin esperar respuesta, se dirigió hacia la parte baja de la vaguada. Allí cogería la carretera.

Rafael miraba la posición del carro y no entendía la maniobra.

—¿Pero qué hace, padre? ¿A dónde va? ¡No querrá que subamos por el atajo!

Juan Domingo, más que contestar, masculló a media voz.

—¡Se va a enterar éste!

Rafael insistió.

—Pero, padre, ¿no ha dicho usted siempre que es imposible subir cargado por este camino? ¿Qué pasará cuando lleguemos, si llegamos, a la Chaparrada del Cura? ¿No ha visto cómo se ha inclinado el carro cuando bajábamos? La raíz levanta casi dos palmos, y la rueda del carro tiene que pasar obligatoriamente por encima ¿Cómo lo vamos a hacer? Y no me diga que contrapesando que con el carro cargado no hay contrapeso que valga.

—Ya encontraremos la manera. No sé cómo lo vamos a hacer, no me preguntes, pero hoy nuestro carro subirá por el atajo, como me llamo Juan Domingo.

Haciendo oídos sordos a las protestas y recomendaciones del muchacho, condujo el carro hacia el camino por el que habían bajado. Le iba a demostrar a aquel fanfarrón que los tenía bien puestos y

que iba a hacer algo que nadie en el pueblo había hecho desde que acabara la guerra: subir por el atajo cargado de haces.

Juan Domingo, encendido, rumiaba una y otra vez las últimas palabras de Raimundo.

Cuando llegaron a la primera pendiente, fustigó a los machos para que subieran de tirón.

El carro se movía de lado a lado como el Cristo de la Ermita en la procesión de Semana Santa. Los animales clavaban sus patas en el pedregal y las herraduras chispeaban en los guijarros partiéndolos y disparándolos a discreción. El macho delantero daba tales tirones que amenazaba con arrancar los francaletes del collarón.

Juan Domingo transfiguraba ferozmente su rostro arengando a los machos mientras unía su esfuerzo al de los animales tirando de una vara todo lo que podía. Rafael estaba presto a atender las indicaciones del padre.

Le dio un grito al muchacho que empujaba en la zaga.

—¡Cuando lleguemos a la curva, echa la máquina y calza las ruedas con dos piedras!

Los machos se detuvieron en un pequeño descansillo que coincidía con la curva. Tomaron todos resuello, hombres y bestias. Juan Domingo hablaba con los animales y les hacía partícipes del reto sin ningún pudor. Parecía un general arengando a la tropa antes de entrar en batalla.

Los animales jadeaban y resoplaban mientras se preparaban para otro asalto.

Este tramo no tenía tanta pendiente, pero estaba plagado de raíces que desigualaban el firme. Era imposible esquivarlas. De no haber habido raíces se podría haber hecho de un tirón, pero hubo de parar varias veces. Al llegar a cada raíz, tenía que buscar una piedra de altura parecida para que, al pasar por encima, las dos ruedas descansaran sobre un plano similar, de lo contrario el carro volcaría al llevar el centro de gravedad tan alto. Esto era como un aperitivo de lo que les esperaba.

El carro fue subiendo por el camino con muchas dificultades, sorteadas todas a base de fuerza e ingenio, hasta que llegaron a la Chaparrada del Cura. Aquel, más que ser el último obstáculo, era “EL OBSTÁCULO”. Desde allí hasta la carretera no habría más de doscientos metros. A los ojos de Juan Domingo parecía como si la raíz hubiera crecido desde que bajaron.

—¿Y ahora qué, padre? Por aquí no pasa el carro. A lo mejor podemos pasar si le quitamos la mitad de la carga, y aún así habrá que verlo, pero si intentamos pasar como va ahora, el carro volcará seguro.

Juan Domingo le escuchó sin contestar. Nunca su silencio fue más elocuente. ¿Y ahora qué?

Estuvieron parados delante de la raíz pensando qué hacer. Si hubieran llevado un hacha, o un azadón, podían haber hecho una carrilada rompiendo la raíz, aunque sólo hubiera sido lo justo para pasar la rueda del carro, pero no llevaban ninguna herramienta cortante, así que allí estaban con el carro cargado y la raíz enfrente como un muro infranqueable.

Raimundo el Topo, mientras subía por la carretera, iba pensando que lo normal era que Juan Domingo hubiera desistido en su empeñamiento de atajar y hubiera acabado dando la vuelta. Aprovechando las hoces que dibujaba el trazado de la empinada carretera, miraba una y otra vez buscando su carro, pero éste no aparecía. Era evidente, pues, que no había desistido en su empeño. ¿Habría llegado hasta arriba? ¿Estaría con el carro atascado? ¿Habría volcado? Por si acaso, se dio prisa en subir hasta la parte de la carretera donde desembocaba el camino del atajo.

En llegando, soltó una exclamación de sorpresa al ver a Juan Domingo delante de la Chaparrada del Cura. No le creía capaz de subir hasta allí, sin embargo allí estaban carro y carretero. Claro, que una cosa era haber llegado y otra bien diferente pasar la raíz.

Se orilló al lado del camino a esperar descaradamente la derrota del enemigo. Desde allí se veía perfectamente la chaparrada y el carro. No quería perderse el espectáculo. La suerte estaba echada.

Mal lo tenía Juan Domingo. No había que ser muy experto para aventurar que el carro nunca pasaría por encima de la raíz cargado conforme había salido de la Vaguada del Gamonal.

Juan Domingo estaba abatido. En aquel momento habría preferido dar la vuelta y desandar el camino, pero éste era tan extremadamente estrecho que era imposible hacer la maniobra; y además, aunque hubiera podido, la bajada entrañaba, si cabía, más dificultad que la subida.

Ahora, pasado el calentón, se arrepentía de su comportamiento. Aquella chiquillada tendría su penitencia. Necesitaría hacer tres viajes para acarrear el centeno en vez de los dos previstos. En circunstancias normales, aquella carretada ya debería estar en la era, sin embargo, por una estupidez, se encontraba con un carro cargado, un camino prácticamente cortado y, lo que era peor, un indeseable espectador que iba a encargarse de pregonar en el pueblo sus pocas luces.

Juan Domingo se sentó apesadumbrado a la sombra de la chaparrada. A su manera, trataba de disculparse con el hijo por haberle metido en aquella situación y por tener que gastar energías extras cargando y descargando la misma carga dos veces.

Rafael, viendo el abatimiento de su padre, trataba de quitarle importancia a la situación.

—A ver, padre: ¿No se dice que a lo hecho, pecho? Pues eso. Se descarga, pasamos la raíz, como cuando hemos bajado, y volvemos a cargar. Y deje de mirar de reojo a Raimundo, que él no va a solucionarnos el problema. Usted como si no estuviera.

Juan Domingo se levantó resignado.

—No puedo decir que no me lo merezco. La raíz no ha nacido esta noche. Está ahí antes de que tú nacieras y yo lo sabía. Si ahora mismo estamos como estamos es por mi culpa. Tenía que haberte hecho caso. No sé cómo he podido ser tan cabezón.

Rafael, mientras su padre le hablaba, miraba concentrado a la Chaparrada del Cura queriendo buscar entre sus recios una fórmula mágica que les permitiera franquear aquella raíz sin tener que descargar. La chaparrada fue generosa con él y le dio una respuesta.

—Escuche, padre. Tenemos colgando en la zaga la sogá larga. Podemos arrimar el carro todo lo que sea posible a la chaparrada. Atamos un extremo de la cuerda a la vara opuesta, cerca del bastidor para que no sufra, echamos la sogá por encima de la carga y rodeamos ese recio gordo a la altura de la branca para que aguante bien y no resbale hacia arriba. Luego tensamos levemente el otro extremo en la trase-
ra del bastidor y aunque el carro se incline la sogá lo aguantará. Total va a ser medio metro. La desven-
taja es que no podremos tomar impulso, pues el carro tiene que estar parado justo delante de la raíz.

La cara de Juan Domingo se iluminó.

—A ver, a ver, repite todo lo que has dicho.

Hasta tres veces hubo de repetirlo.

Juan Domingo estaba asombrado. Rafael... sí, desde chiquitico se veía que era pito, pero siempre se limitaba a hacer lo que él le mandaba, por eso le sorprendió aquella iniciativa más parecida a una idea madurada durante mucho tiempo que a algo espontáneo pensado sobre la marcha.

Se quedó mirando la chaparrada. Luego, aproximándose a ella, empujó fuertemente con ambas manos el recio de la branca, a la altura de la cabeza, para probar su rigidez, y acercándose al hijo le dio una palmada en el hombro.

—¡Venga esa sogá!

Todo lo hicieron conforme Rafael lo había expuesto. La sogá estaba tirante, pero no en exceso, de manera que cuando el carro arrancara, lo que ganaría de largo por delante lo perdería por detrás sin perder tensión.

Cuando pasaran por encima de la raíz, la soga estiraría de la carrasca y del carro. Temía más que volcara hacia la chaparrada por el retroceso de la propia carrasca, si se doblaba, que hacia el lado del barranco.

Raimundo el Topo permanecía arriba, en la carretera, y no se perdía detalle de la maniobra que pretendían hacer. Lo que intentaban era descabellado, pero había que reconocer que la idea tenía su aquello. Antes de hacer el intento, Rafael volvió a dirigirse a su padre.

—Luego que no haya lamentaciones. Sabe que nos arriesgamos a volcar y que el carro y los machos se pueden ir ahí abajo —dijo señalando al terraplén de la izquierda—. Si tiene dudas de lo que vamos a hacer aún estamos a tiempo de descargar.

Juan Domingo quedó pensativo. Ya había tomado una decisión, principalmente por lo resuelto que veía a su hijo ¿Por qué, entonces, éste volvía a ofrecerle el plato de la duda? De soslayo miró a la carretera donde Raimundo y su hijo esperaban ansiosos la siguiente escena de aquel espectáculo.

—Mira, hijo. Ahora mismo la cabeza me dice que es mejor descargar, pasar y volver a cargar, pero el corazón me pide la satisfacción de ser el primero que suba este atajo con el carro cargado. Ahí arriba está ese cabrón de Raimundo que ni siquiera se ha acercado a ver si nos puede echar una mano y que se preocupará, sea cual sea el desenlace, de que todo el pueblo se entere de nuestra peripecia. ¿Qué quieres que te diga? ¿Tú que harías?

Rafael le puso ambas manos en los hombros y mirándole a los ojos, de hito en hito, zanjó sus dudas.

—Lo hacemos, padre.

—¿Me estás preguntando?

—No. Lo hacemos. Es el destino. Ambos sabemos que ahora mismo no deberíamos estar aquí, sino en la carretera, rabiando y tragándonos el polvo del carro de Raimundo; vamos, que deberíamos

estar en cualquier sitio menos delante de esta chaparrada, sin embargo aquí estamos y ello nos brinda la ocasión de hacer algo sonado. Si desperdiciamos esta oportunidad, tal vez no volvamos a tener otra parecida en la vida. El refrán dice que “el que no se arriesga, no cruza el río”, así que lo hacemos. Si no, lamentará toda su vida haberse quedado con las ganas de saber qué habría pasado de haberlo intentado. Además, tengamos confianza, que el azar parece haber puesto ese carrascón ahí adrede para que nos aguante la sogá.

Era el empujón que Juan Domingo necesitaba. Reaccionó sin dudar un segundo.

—Pues vamos a ello.

Rafael buscó en el monte una piedra plana para ponerla en la carrilada opuesta a la raíz. Escarbó en el suelo para buscarle asiento y que la rueda no la arrastrara. Además de ganar unos centímetros de altura, se aseguraba que la rueda izquierda, al sobrecargarse de peso por la inclinación, no se metiera en la grava aumentando el desnivel. A ambos lados de la raíz puso también unas piedras para dulcificar la acometida y la salida.

—¿Padre, la sogá resistirá?

—Más nos vale. Ojala tuviéramos otra más, pero confío que con la que tenemos sea suficiente.

Juan Domingo advirtió a su hijo que si las cosas no salían como pensaban, de ninguna manera tratará de evitarlo si con ello ponía en peligro su integridad.

—Yo cojo el macho de varas y tú el de tiro. Si el carro vuelca... ¡Amén, Jesús!, pero si pasamos... ¡Ay, si pasamos! Si pasamos, esta noche la barra de la taberna se nos queda chica.

Cada uno fue a su puesto y, a la de tres, padre e hijo se tornaron tan animales como los propios machos.

Juan Domingo gritaba desaforadamente animando a las bestias y Rafael hacía lo propio.

El primer intento fue un fracaso, pero no por mucho. El carro hizo ademán de subir la raíz, pero le faltaron algunos centímetros. El carro se inclinó a la izquierda tensando la soga. Sin ella el vuelco habría sido seguro. Cuando volvió a su posición inicial, la carga dio un latigazo que hizo que la rueda izquierda amagara con levantarse. Eso es lo que más preocupaba a Rafael. Si la carrasca no se doblaba podrían pasar, pero si se doblaba y hacía de resorte, el carro podía acabar volcado contra la chaparrada por la fuerza de recuperación de la propia carrasca al volver a su posición.

—¿Padre, ha visto si se dobló la carrasca?

—Para fijarme en eso estaba yo.

—Hacemos otro intento y, si no pasamos, yo veo si se dobla o no.

Raimundo el Topo permanecía expectante allá arriba. Cuando vio cómo se desarrolló el intento, se le transfiguró la cara. Aquella maniobra le puso los pelos de punta. La descarga de adrenalina que notó cuando el carro se inclinó hacia el terraplén le hizo desear poder cambiarse en aquellos momentos por Juan Domingo. Era envidia. El desgraciado aquel —pensaba Raimundo— lo iba a conseguir. Estaba a punto de lograr algo que desde hacía décadas nadie en el pueblo ni siquiera había intentado. Sólo el hecho de pretender superar la raíz de la forma que él lo intentaba era algo insólito. De buena gana se habría acercado para participar de forma activa en aquella batalla, pero su orgullo se lo impedía. Aquella soga podía partirse mandando el carro al terraplén y él llevaba otra parecida enrollada en la trasera de su carro. Siempre estaría mejor asegurado el carro con dos sogas que con una. Tentado estuvo de acercarse con la excusa de aportar la cuerda, pero no lo hizo. Él no era monaguillo de nadie.

Juan Domingo y Rafael no estaban desanimados por el primer fiasco.

Hicieron un nuevo intento, y luego otro, y otro...

El sudor de los machos chorreaba literalmente por los collerones. En todas las intentonas les había faltado un último empujón para superar la raíz. Sólo la fuerza de otro hombre estirando habría bastado.

—¡Lástima de otro macho!

A la exclamación de Juan Domingo le siguió la inmediata reacción de Rafael. Levantó el brazo, agitándolo, llamando la atención de Raimundo.

—¡El macho! ¡Que si puedes dejarnos el macho!

—¿Para qué otro macho? Lo que tenéis que hacer es descargar. Otro macho no os servirá de mucho —fue la contestación de Raimundo que se quedó estático, sin hacer mención de acercárselo.

Juan Domingo fulminó a su hijo con la mirada recriminándole haber pedido ayuda sin consultarle.

—¿A qué lo del macho, dime, a qué? ¿Qué no ves que lo que quiere es vernos descargar? ¿O para qué te crees que está ahí esperando, plantado como un pasmarote?

Se acercó a la chaparrada, sacó la navaja, cortó una rama cimbreante y la deshojó.

—¿Y esa vara para qué, padre?

Rafael, inmediatamente hecha la pregunta, había adivinado la respuesta

—Hijo, aquí nos la jugamos todos y los machos tienen que enterarse de que han de aportar ese poco más de esfuerzo que nos hace falta. Unos buenos vardascazos les harán emplearse al máximo.

Rafael sujetó levemente la rama por la punta.

—Padre, nuestros machos son buenos animales y usted lo sabe mejor que nadie ¿O no ha presumido mil veces de ello? Están dando todo lo que llevan dentro, no hay más que verlos. Mírelos bien. Fíjese como les chorrea el sudor. No merecen la clase de estímulo que usted quiere darles. Deje que descansen un poco.

¡Vaya con el chaval! Veintidós años viviendo bajo el mismo techo y no dejaba de sorprenderle. Sin decir palabra escondió la rama entre los haces.

Rafael se acercó a los machos. Era su turno. Primero a uno y después al otro les acarició el cuello y la frente mientras les hablaba casi al oído, pausadamente y a media voz, para acabar subiendo el tono en una arenga en toda regla. Después la fue dulcificando como si les hablara a personas comprometidas y responsables, apelando a su honor más que a su valentía y esfuerzo, mientras, repasaba mecánicamente el estado de las cabezadas, los francaletes, la retranca, la sufra, la tensión de la cincha...

Los machos se habían contagiado de las vibraciones de Rafael y se mostraban inquietos, nerviosos, como deseando entrar nuevamente en batalla.

Rafael le hizo a su padre una última recomendación.

—Padre, recuerde que el carro puede volcar hacia las dos partes. Si se pone a estirar de la vara derecha, el peligro de vuelco vendrá una vez el carro haya pasado por encima de la raíz. Por lo que yo he visto, la carrasca no se dobla, pero la cuerda se tensará al máximo cuando la rueda esté justo encima de la raíz y a este punto aún no hemos llegado, así que tenga mucho cuidado.

Padre e hijo se fueron a sus puestos. Juan Domingo daría la señal.

“A la de tres” los cuatro, machos y hombres, exprimieron todas las energías que les quedaban.

—¡Venga, venga, venga...!

La rueda empezó a subir por la raíz milímetro a milímetro. Los gritos de estímulo arreciaban, los animales agotaban sus fuerzas mientras el carro cogía una inclinación al borde del vuelco.

—¡Hale, hale, hale... un poco más, un poco más! —se desgañitaba Juan Domingo mientras miraba fijamente a la raíz.

Cuando la rueda derecha coronó la raíz e inició la bajada, Juan Domingo frenó al macho de varas y la rueda reculó hasta la propia raíz que hizo de calzo. Encima de él notó cómo la carga daba un latigazo de izquierda a derecha dejando sembrado de espigas el camino, mientras se oía crujir el bastidor del carro.

Juan Domingo, con los ojos cerrados, respiró hondamente.

El carro estaba en pie, la carga en su sitio y la rueda había pasado por encima de la raíz.

Con los ojos lacrimosos se fue hacia Rafael y ambos se fundieron en un emotivo abrazo.

—¡Hijo, gracias a ti esta carretada se puede decir que está en la era, pero te juro por Dios que nunca, ni cargado, ni vacío, volveré a utilizar este camino! —dijo Juan Domingo.

Raimundo el Topo se limpió el sudor de la frente con la manga de la camisa. Tenía el corazón acelerado y un sentimiento contradictorio. Por un lado había estado deseando que los intentos de Juan Domingo acabaran en fiasco, sin embargo su cachico de alma independiente de carretero había estado apoyando en el último momento su maniobra. No le dio tiempo a valorar aquella contradicción pues, inmediatamente, la envidia y el resentimiento, abriéndose paso a dentelladas y zarpazos, se fundieron con su orgullo herido. Era momento de valorar la situación. Las cosas podían estar mejor, pero estaban como estaban y no había marcha atrás. Había tenido ante sí la oportunidad de participar en aquella hazaña y la había desperdiciado, y no sólo eso, sino que, encima, lo más probable es que le tocara hacer de notario. Incómoda situación. Estaba por verse la reacción de la gente del pueblo si se llegaba a conocer su insolidaria actitud de espectador pasivo, porque el auxilio entre los carreteros era como una Ley no escrita. Y menos mal que todo había acabado bien. No quería pensar qué habría pasado si machos y carro hubieran acabado en el terraplén, posibilidad con la que, seguro, especularía la gente. Claro que, si bien se miraba, él no tenía porqué intervenir, pues

ante aquella situación lo lógico es que Juan Domingo hubiera descargado el carro evitando con ello el riesgo de vuelco. Si había querido complicarlo todo, era su problema. En aquella situación lo que tocaba era descargar, pasar la raíz y volver a cargar, eso es lo que tocaba, eso es lo que tocaba... y lo demás eran cuentos.

Raimundo arreó a las caballerías y continuó carretera adelante. Trataba de no darle más vueltas al asunto. Tal vez estaba preocupándose demasiado. A lo mejor Juan Domingo, por aquello de que “no hay mejor desprecio que no hacer aprecio”, le dejaba al margen y no le mezclaba en todo aquello. A fin de cuentas se podría decir que él pasaba por allí y se paró a mirar. Nada se le podía reprochar, si acaso lo del macho, y, bien mirado, ni eso, pues, en todo caso, aún tenía que agradecerle que con su negativa a dejárselo hubiera contribuido a que el mérito de su hazaña hubiera sido aún mayor. Estaba también lo de la sogá, detalle en que cualquier carretero habría caído enseguida y que también podría cuestionársele, más, si cabe, que lo del macho, pues en lo referente al animal podría aducir no estar dispuesto a ponerlo en peligro por una cabezonada de otro, pero lo de la cuerda tenía poca disculpa, máxime tratándose de él que siempre presumía de anticiparse a todo. Nadie se creería que no había caído en la cuenta. Especulaciones aparte, sólo deseaba que, cuando Juan Domingo lo contara, le dejara al margen, que no le utilizara a él como causa o detonante de su atrevimiento, pues de ser así, una cosa llevaría a la otra y al final su nombre aparecería, seguramente, rodeado de calificativos nada deseables, como provocador, prepotente, retador, insolidario... y de otro que casi siempre suele ir aparejado, como contrapunto, al de ganador y que era el que más temía: el de perdedor. Si él percibía que su nombre podía salir malparado en todo aquel asunto, algo, lo que fuera, tendría que hacer para evitarlo.

El viaje de Juan Domingo y Rafael, hasta que llegaron a la era, estuvo salpicado de risas y comentarios sobre todo lo que había ocurrido. Quién iba a imaginarse, cuando salieron de casa por la mañana, que iban a pasar semejante peripecia.

Finalmente fueron dos más los viajes que tuvieron que hacer para acarrear el resto del centeno que quedaba en la vaguada. Si querían acabar aquel día, no podían encantarse ni un minuto, así que no se acercaron a casa a comer. A la sombra de una carrasca vaciaron la fiambra y casi la bota.

Del último viaje llegaron a casa con las sombras alargadas.

Al entrar, sus caras sonrientes reflejaban la enorme satisfacción que sentían, contrariamente a los días anteriores en los que el cansancio iba justo un paso por delante de su sombra.

Nada dijeron a la madre.

Después de cenar, Juan Domingo le hizo un guiño al hijo mientras le decía a su mujer.

—Juana, dame perras que hoy Rafael y yo tenemos algo que celebrar en la taberna.

—¿Y se puede saber qué se celebra que la madre no puede participar? —contestó la mujer.

—Son cosas nuestras.

Seguro que cuando se enterara se llevaría las manos a la cabeza, tachándoles de locos, por haber puesto en peligro su propia integridad y la de los animales. ¿Qué habría pasado si carro y animales hubieran caído por el terraplén? Las consecuencias habrían sido funestas para la familia ¿Y era eso lo que iban a celebrar?

Por eso no le dijeron nada. Ya se enteraría, que estas noticias en los pueblos necesitan poco pregonero.

Ambos salieron de casa hacia la taberna.

Juan Domingo esperaba que alguien supiera de su peripecia, máxime habiendo tenido como testigo a Raimundo cuya vocación de pregonero era de todos conocida. Además, el Topo, antes de recogerse, acostumbraba a dar una vuelta por la taberna para echarse un par de vasos y cascar un rato.

Cuando entraron, en la taberna de Lucas habría diez o doce personas. Saludaron y pidieron unos vasos. Unos cuantos volvieron la vista, sin más.

Era evidente que nadie sabía nada. Eso es que Raimundo, cosa rara, no había ido a la taberna aquella tarde-noche. No obstante preguntó.

—¿No ha estado Raimundo por aquí?

El tabernero le contestó sin mirarle, aplicado como estaba en llenar los vasos de vino, hasta arriba, sin derramar gota.

—No hará ni diez minutos que se ha marchado.

—¿Y no ha dicho nada de nosotros? —preguntó extrañado.

—¿Pues qué tenía que decir?

Juan Domingo le contó someramente lo acontecido por la mañana en el atajo de la Vaguada del Gamonal, extrañándole que Raimundo no hubiera dicho palabra.

Lucas era el único de los presentes que no era carretero, pero de oídas sabía que, desde siempre, el atajo que bajaba a la Vaguada del Gamonal era camino vedado para los carros por su mal estado en general, pero principalmente por la existencia de la raíz.

Pedro Morata, que estaba de tertulia sentado en una mesa próxima, era labrador y carretero desde la teta. Nada relacionado con machos y carros tenía secretos para él. Lucas lo sabía y entendió que nadie mejor que él para dar su opinión.

—¿Pedro, tú dirías que alguien puede subir con el carro cargado de haces, por encima de los estaciones, por el atajo de la Vaguada del Gamonal? ¿Qué no? Pues aquí tienes a dos que lo han hecho esta mañana.

—¿Y va a ser verdad? ¡No amueles!

Todos hicieron corro y se interesaron de inmediato por lo que Juan Domingo estaba contando. Éste retomó la narración desde el principio y punto por punto fue explicando cómo había transcurrido todo. Empezó con un tono apocado, como si le diera vergüenza ser por una vez en su vida el protagonista de algo. Poco a poco fue soltándose y enfatizando más sus palabras para acabar metiéndose de lleno en el papel que en aquellos momentos por derecho propio le pertenecía. De cuando en cuando su entusiasmo se desbordaba y cogía al hijo por el hombro, como si fueran compañeros de cuadrilla, atribuyéndole todo el mérito de la hazaña.

Pedro Morata negaba con la cabeza.

—Mira Juan Domingo, que hayas bajado por allí... bien, aunque me cuesta entender que hayas puesto en peligro carro y animales sin necesidad habiendo un camino tan bueno por la parte de abajo; pero subir cargado... eso es de locos. ¿Cómo se te ha ocurrido semejante barbaridad? ¿Has pensado qué habría pasado si llega a romperse la soga?

Juan Domingo, para justificar su manera de actuar y su, por desconocida, sorprendente temeridad, contó lo ocurrido desde la salida del pueblo: el acoso de Raimundo, el famoso intermitente, el calentón de la sangre, el cruce de cables... el pique, vamos.

A Juan Domingo, en su fuero interno, le satisfacía que todos consideraran poco menos que imposible lo que había hecho. Eso le daba más mérito. Para los que les costaba admitirlo, ahora le tocaba a Rafael explicar detalladamente cómo habían conseguido franquear la raíz de la Chaparrada del Cura. Rafael, menos timorato y con más labia que su padre, contaba con todo lujo de detalles lo que habían hecho, el porqué de cada movimiento y de cada decisión, los motivos por los que había puesto la soga corredera y ligeramente amollada, la importancia de la flexibilidad de la carrasca y el riesgo del retroceso...

Nadie le interrumpía. A Juan Domingo se le caía la baba oyendo hablar a su hijo. Todos les palmeaban las espaldas en reconocimiento a su proeza.

—Y si alguien piensa que exagero, o quiere una versión para contrastar, puede preguntarle a Raimundo el Topo que ha estado mirando de principio a fin desde la carretera, sin perderse detalle, y puede dar fe de que todo ha pasado tal y como el muchacho acaba de explicar —remató Juan Domingo.

No faltó mucho para que lo que el padre le comentara al hijo frente a la chaparrada se hiciera realidad. Echaron la máquina a tiempo, pero, aún así, se fueron a casa, haciendo algún que otro equilibrio, bien cargados.

En la taberna aún se quedaron algunos comentando el espectacular atrevimiento de Juan Domingo —¡quién lo iba a decir!— sólo por el hecho de intentar lo que finalmente había conseguido acabar con éxito.

Alguien, con pleno conocimiento, iba a poder añadir matices a aquel suceso.

Raimundo el Topo acababa de franquear la puerta de la taberna.

Como acostumbraba, profirió un gruñido sin traducción, a modo de saludo, y dio dos golpes con los nudillos en el mostrador, su manera de pedir un vaso de vino

—Hombre, hablando del rey de Roma. De ti estábamos hablando. Ahora mismico acaban de irse para casa Juan Domingo y su chaval ¿Cómo es que antes no has dicho nada —con lo que te gusta cascar— de lo que ha pasado esta mañana frente a la Chaparrada del Cura? Y no me digas que no te has acordado que no me lo creo, a no ser que estés perdiendo facultades y tú eres muy joven aún para eso —le dijo el tabernero mientras le servía el vaso.

Raimundo el Topo miró a su alrededor y se vio el centro de todas las miradas. Tenía la impresión de que le estuvieran esperando ¿Por qué estaban hablando de él? ¿Qué les había contado Juan

Domingo? Pareció adivinar en las caras de los presentes reproches contenidos. Suponía que había pasado lo que temía que pasara, que Juan Domingo rajara contra él por lo del macho y por su pasividad allá abajo. Se concedió una pausa antes de contestar. Todos estaban esperando su respuesta. —¿Que por qué no he dicho nada? Muy sencillo, por respeto a Juan Domingo. A mí no me gustaría que nadie fuera cascando por ahí que por una cabezonada estúpida he tenido que descargar el carro, pasar la raíz de la Chaparrada y volver a cargar.

Raimundo acababa de cometer el error de su vida. Dos dedos de frente que hubiera tenido le habrían bastado para entender que aquella respuesta, más pronto que tarde, iba a pasarle factura.

Lucas no daba crédito a lo que estaba oyendo

—Será una broma.

—¿Por qué una broma? —respondió Raimundo.

Sorprendido, Lucas le replicó.

—Han sido el propio Juan Domingo y su chaval los que hace un momento, aquí mismo, nos han contado todo lo que ha pasado allá abajo. Poco debo conocer yo a Juan Domingo para creer que su peripecia ha sido una batalla existente sólo en su imaginación. Además está lo del chaval, que hay que ver como se ha explicado y los detalles que ha dado. Dirás lo que quieras, pero yo me creo a pie juntillas todo lo que ha dicho. Y te pregunto sólo porque Juan Domingo dice que tú has presenciado todo, de principio a fin ¿Entiendes? Te pone a ti por testigo, alguien que puede dar fe de algo que sin duda es extraordinario ¿O tú no lo consideras así?

Raimundo se había metido en una encrucijada. No tenía claro si aquellas palabras de Lucas escondían reproches a su conducta que aún no se le habían echado en cara. Por eso permanecía en guardia presto a lavar su imagen al precio que fuera.

—Claro que fui testigo. Yo vi perfectamente todo lo que pasó frente a la Chaparrada del Cura. En eso, las cosas como son, Juan Domingo tiene razón.

Intentaba ganar tiempo. Quería saber todo lo que éste había contado sobre él, pero no se atrevía a preguntarlo abiertamente. Esperaba que alguien le soltara algún puntazo que le permitiera conocer el terreno que estaba pisando.

—¿A qué te refieres cuando dices que “en eso Juan Domingo tiene razón”? Explícanos en qué parte no la tiene —le pidió Lucas.

Raimundo, presa de un evidente nerviosismo, no era consciente de que estaba tocando tambores de guerra. Aquella respuesta nada aclaraba y estaba poniendo en entredicho el honor de dos personas. Como remoloneara, Pedro Morata intervino. No era un hombre especialmente juicioso, sin embargo tenía la virtud de hacerse escuchar por los demás siendo siempre su opinión muy considerada y respetada. Cuando Pedro Morata hablaba, todo el mundo callaba y escuchaba.

—Vamos a ver, Raimundo. Lo que tú dices haber visto no cuadra con lo que Juan Domingo nos ha contado aquí hace un rato. Y no te rías, que aquí no estamos hablando de tontadas, de si alguien ha matado dos perdices de un tiro largo, o ha levantado a pulso el yunque grande de la fragua de Isarría —algo que te puedes creer, o no, pero que a nadie hace daño—. De lo que aquí se está hablando es de subir el atajo de la Vaguada del Gamonal con el carro cargado de haces, que no es cualquier cosa y tú que eres carretero lo sabes. Eso es algo que nadie ha hecho en este pueblo desde que acabó la guerra y, por lo tanto, son palabras mayores; así que, Raimundo, no trates el tema como si fuera una sandez. Tu versión es radicalmente contraria a la de Juan Domingo y su muchacho. Es evidente que aquí alguien está mintiendo. Lo que no tengo claro es el porqué. Yo te voy a pedir, para que no haya malos entendidos, de si dije o no dije, algo muy sencillo —aquí hizo una pausa para dar a entender

que lo próximo que iba a decir era de la mayor importancia—. Te voy a pedir que fijes tu posición diciendo si lo que ha contado aquí Juan Domingo es verdad o mentira. La contestación es bien sencilla: verdad o mentira. ¿Raimundo, quién miente aquí? No me vengas con retóricas y piénsate bien la respuesta porque, si es la que me temo, Juan Domingo la va a conocer de inmediato y puede tener para cualquiera de los dos una trascendencia que ni te imaginas. Porque estarás de acuerdo conmigo en que el honor, cuando se mancha, es complicado de limpiar ¿O no?

A Raimundo se le borró la sonrisa de los labios. Un rictus de supina estupidez se le dibujó en el rostro y la estupidez misma le fue empapando todo su cuerpo hasta chorrearle por los pies. Del callejón en que se había metido sólo podía salir como un estúpido, como un mentiroso, o como un estúpido mentiroso.

Soltó una risotada forzada salpicando de estupidez a cuantos tenía delante.

—Yo he dicho lo que he dicho. Ahora, que si lo que queréis es que sea una broma... pues que sea una broma.

Respuesta confusa. La gente no se rió como él hubiera deseado. Debería saber que en asuntos de honor no se admiten bromas ni ambigüedades. Estaba dejando pasar, una y otra vez, la oportunidad de clarificar espontáneamente las cosas cambiando aquella absurda actitud de “sostenella y no enmendalla”.

Pedro Morata, que se había percatado de ello, le dio otra vuelta a la tuerca.

—No te confundas, Raimundo. Aquí nadie quiere que sea una broma; tampoco queremos encumbrar héroes de ficción. Es mucho más sencillo que todo eso. Simplemente queremos saber la verdad. Pero bueno, supongamos que es una broma, cosa que tú no aclaras. ¿Significa entonces que has sido tú el que ha mentido, porque eso es mentir, cuando has dicho que había tenido que descargar el carro?

Se habían acabado las oportunidades. Pedro Morata le había puesto en el disparadero cortándole cualquier retirada honrosa.

Raimundo se quedó bloqueado. ¿Pero qué estaba pasando? ¿Por qué todo el mundo parecía estar en su contra? Él no era un cualquiera al que se pudiera zarandear, él era Raimundo, más farruco y más gallo que cualquiera de los que allí estaban y a Raimundo nadie le ponía en un brete ¿Qué se creía aquella gente? En aquel momento quiso dar un puñetazo sobre la barra y revestir de rotundidad sus palabras para que nadie las cuestionara, pero, para su sorpresa, no sólo fue incapaz de ello, sino que acabó hablando como un timorato, de manera entrecortada y sin convicción. Estaba siendo obligado, pese a su ridícula resistencia, a hacer algo que jamás recordaba haber hecho públicamente: recular.

—Mentir, mentir... yo no he mentido. No sé porqué le dais tanta importancia a este asunto —contestó Raimundo que había trocado sus escandalosas risotadas por una repentina seriedad fruto de una contrariedad que apuntaba a indignación.

Pedro Morata, cuya cara era fiel reflejo de la satisfacción que aquel interrogatorio le producía, apretó un poco más.

—Topo, sigues sin contestar a mi pregunta. Algún interés especial debes de tener para escabullirte de este modo. Para que lo tengas más fácil, por si te resulta complicado decir palabras tan largas, te pido una contestación mucho más corta ¿Es cierto, para que todos nos aclaremos y no tengamos ninguna duda, que Juan Domingo ha subido de la Vaguada del Gamonal por el atajo, cargado de haces por encima de los estacones, y que tú has visto con tus propios ojos que el carro ha pasado por encima de la raíz de la Chaparrada del Cura sin descargar un haz? ¿Sí o no?

—Ya vale, Pedro. Ni esto es un juicio, ni tú eres fiscal, ni mucho menos soy yo el acusado para que me interrogues de esta manera.

—No te pares en la escalera, Topo. Por una escalera o se sube o se baja. ¿No ves que te estamos esperando? ¿Sí o no? —le acorraló—. La contestación es muy sencilla. ¿Sí o no?

— ¡Sí, sí, sí...!

—¿Ves qué fácil ha sido? Ya puedes respirar, Raimundo. Después de tu respuesta, no necesito haber estudiado leyes, ni ser juez, para saber que no me equivoco en la sentencia. Raimundo y Juan Domingo, Juan Domingo y Raimundo: ya estáis cada uno en el sitio que os corresponde. Supongo que no necesitas que te diga cuál es el tuyo.

Ahora sí hubo un murmullo general de aprobación.

Raimundo el Topo, en aquel instante, en aquella taberna, sumergido en el charco de su propia estupidez, perdió para siempre su altanería y arrogancia. Las miradas de aquellos hombres honorables, cargadas de desprecio, incidieron sobre él como rayos devastadores haciendo añicos el recipiente de su autoestima. Jamás pudo recomponerlo. Ni siquiera se acabó el vaso de vino que tenía encima del mostrador. Salió de la taberna sin rebullir, acuñada su alma para siempre con el imperecedero sello de la vergüenza.

Muy diferentes fueron las consecuencias derivadas de lo acontecido aquel día en la Chaparrada del Cura para Raimundo y Juan Domingo.

Éste, sin pretenderlo, vio cómo, espontáneamente, el desinterés social que su persona siempre había despertado entre los habitantes del pueblo, pasaba a ser historia para empezar a gozar de un grado de consideración que nunca había tenido.

Por el contrario, Raimundo, después de que la implacable sentencia de Pedro Morata se extendiera por el pueblo, pregonándose ella sola, perdió ante la gente su condición de gallo y, a la fuerza, hubo de acostumbrarse a saborear con fingida normalidad el agrio sabor de la indiferencia.

A veces ocurre en la vida de una persona que un acontecimiento divide su existencia en un antes y un después. Pues bien, la última frase pronunciada por Raimundo en aquella taberna, fue la primera de su después.